

Al día siguiente fué al almacén abatida, sin atreverse á levantar los ojos, casi avergonzada, como si hubieran podido leer en el fondo de su alma y comprender el secreto de su malestar.

Cuando iba á comer, en uno de los pasillos sintió que la cogía una mano nerviosa y que la decían al oído:

—Espéreme esta noche, quiero hablarla. Que me espere; ¡lo quiero!

Se volvió y vió á Josselin que se alejaba entre un grupo de camaradas.

Le dirigió una mirada casi suplicante que él no vió.

Dos amigas suyas se unieron á ella, y algunos pasos más lejos oyeron ruido de besos detrás de la puerta del lavabo.

—No es preciso ver para saber quiénes son— dijo Pulcheria;—es la señora Menoit, que parte el postre.

Y dió un golpe en la puerta.

En efecto, era la señora Sosthene con su marido.

—Vamos, un poco de corrección, tú, monina— dijo una de la ropa blanca que, aunque sin pruebas, pasaba por haber tropezado alguna vez...

Cipriana, roja como la cresta de un gallo, se marchó murmurando:

—Las peores son siempre las que se asustan. ¡Vaya con Sofía!

El señor Labievre, que apareció á lo lejos, dió fin á estos síntomas de guerra y dispersó á los batallones contrarios.

El día se pasó sin incidentes para Germana.

Hubo mucha gente.

Sin embargo, era la peor estación para San

Germán y para todos los comercios. Las vacaciones se acercaban y las gentes iban á tonificarse á orilla del mar ó en el campo.

Lo que se vendió en sombreros de formas ex-céntricas, pero que resultan graciosos en las cabezas bonitas, *Fraillasson*, con grupos de *bleuets* y amapolas ó rosas, gorras para baño y adornos de cabeza campestres, es incalculable. Pero también es verdad que harían falta cantidades fabulosas para llenar los cajones de la casa de montones de oro y de billetes de Banco de mil francos.

Cuando llegó la noche, Germana, temiendo las violencias y los reproches de Josselin, salió decidida á negarle la entrevista con que la había amenazado.

Se puso en marcha rápidamente por el lado contrario de donde solía ir.

Por un momento creyó que él había renunciado á atormentarla; pero en la esquina de la calle de la Chaisse, al volver á la de L'Albayeau Mois, el cajero la alcanzó y, pasando su brazo entre el de la modista, la dijo duramente:

—Hablemos, Germana.

---

## XX

### LA NOCHE EN LAS CALLES

GERMANA se resignó. Siguió sin resistencia á su antiguo amigo por sitios desiertos, hacia la encrucijada de la Cruz Roja y de la calle de Rennes.

Á lo lejos resplandecían las ventanas del Bazar de San Germán.

Había mucha claridad en los pisos superiores, donde se trabajaba todavía.

En el interior del Bazar veíanse pasar rápidamente sombras, semejantes á las de los herreros que laboran en los hornos de Lorena, iluminados por la noche por las rojas llamas de las forjas y del metal en fusión.

Poco después se apagó súbitamente una ventana y quedó en la obscuridad.

El trabajo había concluído por aquel lado. De tiempo en tiempo veíase á los grupos de empleados que marchaban por las aceras.

Germana se tapó la cara con las manos para evitar que sus camaradas la reconocieran.

Los ómnibus marchaban casi vacíos y tirados por caballos rendidos que guiaban cocheros soñolientos. En la imperial los viajeros dormían, dando con la cabeza en el hombro de su vecino.

Las tiendas se iban cerrando una tras de otra. Solamente de las cervecerías y de los cafés abiertos todavía lanzaban fajas luminosas en la obscuridad de la calle.

Josselin estaba muy turbado. No sabía por dónde empezar. Germana estaba tranquila; nunca había tenido con él ningún compromiso formal; ¿qué derechos podía exigir sobre ella?

Por fin se decidió y con tono humilde la dijo:

—¡Germana, creí que era usted mi amiga!

—Y lo era en efecto— balbuceó ella.

—¿Y ahora?

—No he cambiado.

—Sí. Me convenzó de que sí. ¿Por qué huye de mí?

—¿Yo? No huyo, Andrés.

—¡Vamos!

—Le aseguro que no. ¡Se figura usted unas cosas! Sólo que tengo que vigilarme, tener cuidado. No somos libres.

—No trate usted de engañarme. Sé lo que ocurre.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Otro ha venido á fascinarla con sus ofrecimientos! La amaba demasiado. Hice mal. Debí pensar que una muchacha como usted es un objeto de lujo que no le pertenece á un empleado como yo, pero sí á los millonarios.

—Entonces ¿qué me quiere?

—Quiero evitarla embustes, devolverla su palabra. Me ha pedido dos meses para reflexionar. No servirían para nada. Desde ese día está usted decidida. No puede dudar entre un cajero como yo, con tres mil francos al año, y...

—¿Y qué?

—Y las personas que la pretenden...

—¿Usted qué sabe?

—¿Cree usted que los demás son ciegos? ¿Que no veo quién ronda por la tienda y la dirige miradas expresivas? Por poco doy ayer un espectáculo, al ver á ese odioso duque de Rochebonne. Le he reconocido. Era quien iba á su lado cuando íbamos á Chantilly; era él á quien escuchaba usted con tanta complacencia.

—¿Es culpa mía si le hemos encontrado?

—No lo niegue usted. Ya ve que es verdad. ¿Quién me prueba que usted no le había anunciado aquel paseo? ¡Yo, que creía que en él iba á ser tan feliz! Y fué el principio de nuestra desgracia. ¿Qué quiere ese miserable más que per-

derla? No se casará. Está casado. Quiere hacer de usted su amada y comprarla como se compra á esas desdichadas...

—Déjeme—dijo Germana.

—No, lo oirá usted todo. ¡No lo conseguirá, ya lo sé, con esas proposiciones que indignarían á usted! Es demasiado hábil para hacer eso. Tratará de persuadirla de que la ama, que usted le ha fascinado, que piensa en usted sin cesar. La escribirá cartas apasionadas, sacadas de todas las novelas que encuentre. Tendrá períodos de frases para hacerla declaraciones llenas de elocuencia. ¡Tiene tiempo!

¡Para él no hay amos que le manden! No depende ni del señor Bouret ni de nadie. Ese es el entretenimiento de los desocupados y de los que se aburren. La enviará regalos magníficos, que no le costarán más trabajo que el de entrar en una joyería y escoger lo que más le guste. ¿Qué son dos ó tres mil francos para un hombre que tiene millones de renta, que han venido á sus manos porque sí? La colmará de generosidades. La engañará acerca de sus sentimientos con favores insignificantes que no pesarán en su bolsillo más que si diera diez céntimos á un mendigo.

Cederá usted: las mujeres van á lo que brilla; y, cuando se haya cansado de usted, la arrojará al arroyo, donde se reunirá usted con sus semejantes, las que la hayan precedido.

¡Ah, Germana, qué porvenir más diferente soñaba para usted! Pero todo acabó. Todo se ha perdido. ¿Qué he hecho para que me engañara usted hasta ese extremo? ¿Por qué me ha dado la esperanza, casi la certidumbre, de que me amaba y sería mía, para abandonarme en seguida?

Calló.

Esperaba que ella contestaría tratando de disculparse; que le repetiría lo que tantas veces le había dicho; que tenía interés por su amistad, que tenía necesidad de ella, que se engañaba creyéndola capaz de oír á ningún otro. Pensaba que tal vez se acusaría de haber tenido un momento de coquetería, pero involuntario, sin reflexión.

Mas Germana no despegó los labios.

Herida por los reproches de Josselin, tanto más crueles, cuanto que eran justos, y por las frases que se le escapaban, llenas de cólera, y las expansiones de la bilis contenida, no dijo una palabra.

Entonces él, animado, prosiguió:

—¡Calla usted! Es demasiado franca para excusar su traición, ó, mejor dicho, no comprende el mal que se causa. ¿Y cree usted que eso sucederá sencillamente y sin producir ruido? Se ha divertido usted inspirándome un amor al que no quiere corresponder; ha coqueteado conmigo para distraerse; yo, confiado y sencillo, estaba dispuesto á darle mi vida si me hubiese hecho un gesto indicándomelo, y se burla de mí. ¿Es qué la divierte perturbar la paz de un hombre que no puede olvidarla? ¿Es que la divierte coger un ser que se entrega y luego tirarle como un objeto usado y sin valor? Si creía usted que no me revolvería contra esa manera de tratarme, está usted completamente equivocada.

Luego, parándose bruscamente, la cogió la mano, apretándola hasta hacerla daño:

—¡Qué mal me conoce usted! Pero no hago más que dudar; no estoy seguro. ¡Temo equivocarme! Esperaba que me desmintiera usted, que

gritaría: ¡Te equivocas! Tus celos te han hecho ver mal; ¡te figuras cosas que no existen! ¡No tengo ningún amor! ¡El duque de Rochebonne! ¡Y poco que me río de sus aires apasionados y de sus ridículos suspiros! ¡Soy una mujer honrada! Contaba con que iba usted á repetirme: El casamiento es una cosa grave. Dudo. ¡Se trata de toda la vida! Si te he pedido un plazo es porque tuve un remordimiento. Temí obrar á la ligera. Cuando te prometí casarme contigo, era sincera, pero ahora hay algo que me turba. No me obligues á cumplir mi promesa antes de estar segura de que no echaré nunca de menos mi libertad. Esperaba una palabra; que se excusaría usted del mal que me hace, que me diría alguna cosa, buenas palabras... ¡pero algo! Y ¡nada!

Llegó hasta la injuria más sangrienta.

—¡Ni una palabra! ¿No tiene usted corazón? ¿Está perdida ya para mí? ¡Ah! ¡Si lo supiera! ¡Miserable!

—Y si usted lo supiera, ¡qué!—preguntó Germana levantando la cabeza al oír este ultraje inmerecido y mirando frente á frente á Josselin.

Éste acercó su cara á la muchacha y, hablando bajo, dijo:

—No respondería de mí; perdería la cabeza. ¡Sería capaz de todo! ¡Oiga! Desde hace quince días no duermo, pienso en usted siempre; la veo amando á ese Rochebonne. Me vienen á la imaginación ideas que me espantan. Todo lo veo rojo. ¡Qué suplicio desde ayer! ¡Qué noche! ¡Es usted incapaz de comprender lo que pasa por mí! No sabe lo que son los celos; ese miedo horrible de ver que lo que uno ama es de otro; ese tormento de pensar que la boca amada murmura

al oído de su rival preferido las palabras que quisiera oír uno solo; esa visión que nos persigue siempre. De veras, preferiría verla muerta que entregada á ese bandido que nos desprecia y que cree que, cortejándola, la hace más honor del que usted merece.

Preferiría matarla, sí, y matarme luego para no sobrevivirla ni un momento. ¡Ya ve que estoy loco, pues esto es obra suya! ¡He vivido dos años sin atreverme á decirle una palabra! La adoraba desde lejos. Usted me alentó. Sus sonrisas me han dado esta fiebre. ¿Por qué ha cambiado tan pronto? Todo el mundo me envidiaba. Era feliz. Ya no soy más que un vencido. ¡Una muchacha tan guapa casarse con un cajero! Pero ¿qué es la vanidad al lado de las heridas del corazón? ¡Germana, Germana! ¡Era tan feliz y he sufrido tanto!

Se detuvo.

Se veía en su acento una emoción tan verdadera, el dolor que le sacudía con tanta fuerza, vibraba su voz con tanta pasión, que la muchacha, conmovida con esta pena, quiso endulzarla como otras veces, arrastrada por su bondad, esa bondad divina de las mujeres que saben sacrificarse por la felicidad de los demás.

Llegaban á la esquina de la calle de Megard.

Estaba completamente desierta.

Se soltó y apoyó sus dos manos en el brazo de Josselin.

—Me quiere mucho, ¿verdad?

—¡Sí, la adoro, Germana!—dijo temblando de emoción:—más que á mi vida, más que á todo. La amo hasta el punto que no veo más que á usted, á usted tan solo. Desde el día en que me per-

mitió hablarla se apoderó de mí para siempre. No he tenido más que un propósito, el de hacerla mi esposa. Dígame qué hay que hacer para lograrlo. Lo haré. No es posible que mis temores sean serios; ¡pero tengo tanto miedo de perderla! Es usted para mí más que la fortuna, tras de la cual suspira el avaro, más que los honores para el vanidoso, más que la gloria para el artista. Mi pensamiento está lleno de usted. Todo es suyo. Si me he prometido trabajar con encarnizamiento es para ganarla, para tener una posición digna de usted. En casa del señor Bouret tenemos las mismas probabilidades que en un regimiento. Se asciende por elección. Yo me veía ya en el puesto del jefe de la contabilidad con sueldo de prefecto. Usted era primera. Hacíamos economías rápidas, y á los pocos años, doce ó quince, nos retirábamos jóvenes todavía al campo, á un rincón que embelleceríamos con los recursos de nuestra inventiva.

Se reía casi al pronunciar estas palabras, pues la esperanza de recuperar la amistad de Germana le hacía pasar de la cólera á la alegría.

—Hubiéramos vivido como unos señores de pueblo. ¡Qué castellana más encantadora sería usted! ¿Si supiera usted qué sitios más admirables hay en nuestra Saboya, el país mejor del mundo? Conozco algunos donde hubiéramos estado como en un paraíso. Hay jardines en medio de los Alpes. Sobre la cabeza se ve la nieve eterna del Monte Blanco, los mares de hielo; los bosques salvajes, torrentes que corren á trescientos metros debajo de nosotros; en ese rincón, el césped y las flores salen como por encanto. Es la primavera entre los hielos del invierno, todas las

estaciones juntas. No hay más que subir ó bajar para pasar del verano más ardiente, con sus frutas y sus flores, á los fríos más terribles; basta extender la mano para coger el hielo de las rocas y helar el champagne.

La felicidad que soñaba con usted no la sabría explicar. Me faltan las palabras. Hubiéramos ido donde hubiera usted querido. No hubiera tenido más voluntad que la suya. El desierto más árido, si lo hubiese usted habitado, me hubiera parecido tan bonito como Versalles. Hay que comprender la inmensidad de mi amor para medir el odio que tengo á ese ser que viene á disputarme su corazón de usted; corazón que no necesita y que á mí me falta. ¿Quién soy yo? Un pobre hombre, educado por caridad en mi pueblo, entre gentes rudas y salvajes, que trabajan en mármol, menos rudo que ellos, que cazan en las montañas y que contrabandean á través de los precipicios y de los torrentes. Cuando salí del seminario no tenía un cuarto. Mis superiores no me perdonaban el que me negase á permitir que pagasen mi educación haciéndome cura, es decir, vendiendo mi carne y mi sangre á cambio del pan con que me habían mantenido. El mundo me atraía.

La vista de una mujer me hacía temblar como la hoja en el árbol. Mi padre murió de una pulmonía. Mi madre, retirada en Lerboz, no carece de nada gracias á mí. Además, allí se vive con muy poco.

Esta historia es muy sencilla y muy vulgar, Germana; ya se la he contado; pero esta juventud de pobre prueba hasta qué punto me deslumbré cuando, después de esa infancia miserable, yo, Andrés Josselin, que vi á usted hermosa entre

las hermosas y radiante de juventud, elegante como una duquesa, pude creer que sería mía, mi bien, mi vida, mi mujer. Tenía una alegría que era para causar envidia á los millonarios más felices.

No hubiera cambiado mi parte de dicha por la fortuna de los judíos, de los nababs, por los esplendores de la gente que va al almacén con lacayos engalonados y cocheros con peluca. Poco me preocupaban los castillos, las rentas y los honores. Con algunos luises en el bolsillo, iría con la cabeza levantada, como un hombre que nada tiene que envidiar á nadie. Mi cuarto con mi cama de hierro, con su silla de paja, la estera en el suelo, decorada la chimenea con un despertador que hace un ruido infernal y que me ha costado cinco pesetas; un candelero de hierro y mi mesa de pino con su jofaina y su jarro; mi cuarto, en fin, me parecía tan brillante como un palacio de hadas y más suntuoso que el Elíseo y que todos los ministerios. Había una obra de arte en la pared. ¡El retrato que me dió usted una noche, cuando era buena para mí!

¡Ah, Germana, me pregunta usted si la quierol Sí, y mil veces sí; más que á la fortuna, que al cielo, que á mi madre: más que á todo. La quiero tanto, que me tiraré al agua si pierdo la esperanza que todavía conservo. ¡Y lo haré como lo digo!

Hablaba con una sinceridad que conmovió á Germana.

Quizá tuviera razón.

Esa era la vida feliz; la alianza de dos seres jóvenes y robustos. El amor en el bien, en la familia. Le miró casi vencida.

Los ojos de Josselin estaban llenos de lágrimas, que su orgullo quería ocultar. Su cabeza, de expresión altiva, con los cabellos negros rizados sobre la frente, se inclinaba hacia Germana con una expresión tan ardiente, que la hizo estremecerse.

—¡Qué cruel ha sido usted con su coquetería!— dijo con voz alterada.—¿Es una necesidad para las mujeres jugar con el corazón del hombre que las ama?

Ella bajó la cabeza.

—Acompáñeme—dijo.— Es tarde y me quiero recoger.

Volvieron por calles desiertas y sin hablar.

El brazo de Josselin temblaba bajo la presión del de Germana, y su corazón latía con tanta fuerza, que se podían contar sus pulsaciones.

Cuando llegó á la puerta, se soltó.

—¿Cuándo me dirá que sí?—preguntó él.

—No lo sé.

—¿El domingo, quiere, á las diez? Vendré á buscarla.

—Bueno; ya veremos.

—Mañana es sábado. Si pudiera verla de aquí á entonces... Permítame que venga.

—Sea usted razonable, y hasta mañana en la tienda.

Se esquivó enviándole un saludo con la punta de los dedos, que parecía un beso.

Subió á su cuarto y se encerró.

Josselin erraba en la calle, acechando la luz de las ventanas y esperando que Germana se asomara ó levantara los visillos.

Pero al cabo de media hora se apagó la claridad y el cuarto quedó á oscuras.

Germana había encontrado una carta de su preferido.

Era más corta que las otras, pero demostraba algo de impaciencia para llegar al fin.

«Mi querida Germana:

Me es imposible vivir sin usted. Me ama, estoy seguro, aunque no tanto como yo amo á usted, pero lo bastante para comprender que nuestra felicidad está entre sus deditos sonrosados, afilados y encantadores. Cada minuto que dejamos transcurrir sin demostrarnos nuestra amistad, es un minuto perdido. El domingo estará usted libre. Anhele que me dedique ese día entero. Es un sacrificio, lo sé; pero lo ha hecho en Chantilly por otro y también lo hará por mí. Me dirá francamente su resolución. Si nada quiere de mí, también me lo dirá sinceramente. Concédame ese día que pido. Será el único si así lo exige. Me lo debe, en compensación del afecto tierno y sincero que tengo por usted. Iré á buscarla á las diez. Mi coche nos esperará y nos ocultaremos para hablar en un sitio donde no tenga usted nada que temer de oídos indiscretos ni de miradas curiosas. La saludo, adorada Germana, y crea en mi invariable amistad. Dígame si acepta, amor mío.

FERNANDO.»

Estaba en el lecho, con la cabeza apoyada en el brazo y el pelo suelto; reflexionaba sobre el partido que debía tomar.

Decididamente, aceptaría ese paseo con el duque.

Además, sólo sería para tener con Rochebonne una última entrevista y desembarazarse de esa obsesión que la causaba verdadera pena, y que acabaría por comprometerla. El duque cometería

alguna imprudencia, y había que hacerle comprender que no podía renunciar á la estimación de la familia que la había recogido; que no tenía ni ambiciones locas ni aspiraciones desordenadas hacia otra esfera, para la que no había nacido.

No sin un poco de pena, muy excusable después de todo, renunciaría á las ventajas de sus relaciones con un amigo tan agradable; pero era su deber, y muchas veces éste impone sacrificios y es preciso resignarse. Se resignaba.

Josselin la preocupaba un poco. Había que advertirle. No sabía cómo arreglarse. Este enamorado le inspiraba siempre algo parecido á la sensación del temor. Las historias de los piemonteses jugando al *tarrau* con los cuchillos sobre la mesa, en el fondo le inquietaban un poco. En ciertos momentos veía en su mirada como una especie de fulgor que demostraba su afinidad de naturaleza con la de esos italianos prontos á encolerizarse. Era del mismo origen. Su padre, el cazador furtivo, no había debido transmitirle instintos pacíficos. Pero era valiente, y Josselin la amaba, con exageración sin duda, pero la amaba, y su elocuencia sincera casi la había persuadido.

Seguía incierta y vacilante respecto de él. El porvenir decidiría. Lo importante era contemporar con él y deshacerse de ese tentador que le inspiraba pensamientos culpables, como los ángeles malos de la leyenda cristiana.

El día siguiente por la tarde aprovechó la ocasión de pasar por delante de la Caja de Josselin, acompañando á una señora, y cuando era mayor el movimiento de las ventas.

—¿Qué?—la preguntó con los ojos llenos de esperanza.

Le dió volando esta contestación:

—Imposible: mañana, no; más adelante.

—Se lo ruego.

—No, imposible.

—Volvió á su puesto, mientras que él, poseído de un acceso de cólera, rompía la pluma sobre el pupitre; al llegar la noche, ella se apresuró á salir antes que él, y tomó un coche para ir á su casa.

Josselin estaba aterrado.

Volvieron á renacer sus celos y sus temores.

¿Por qué este cambio? Había creído que Germana se había compadecido la víspera con sus ruegos y sus quejas; había tenido acentos de tierna piedad; de esto no podía equivocarse.

¿Era una veleta el corazón de esa mujer? ¿Qué viento había derribado todo otra vez?

Cuando por la noche regresó á su casa, después de haber preguntado por Germana á los ecos de las calles que rodeaban la casa de M. Bouret, entró en la portería sin que la señora Joseph le llamara; necesitaba hablar con alguien... ver una cara, no estar solo.

Allí por lo menos tenía la seguridad de poder hablar del duque de Rochebonne, y esto era casi ocuparse de Germana.

La señora Joseph estaba sola, tendida en su butaca de terciopelo de Utrecht, con el cordón al alcance de su mano y entregada á una digestión difícil. No tenía otras molestias.

Su pensión la bastaba. Cuando ya no sirviera para nada, sus amos la seguirían manteniendo.

En casa de Rochebonne pueden tener muchos defectos, pero no abandonan á los antiguos servidores.

La señora Joseph no era peor que los demás,

al contrario. Acogía á Josselin como á un amigo. Además, las historias de amor entretienen siempre á las viejas. Al oirlas, venían á su memoria recuerdos de otros días. Había tenido mucho partido cuando era joven—hacía de esto mucho tiempo,—y le gustaba mirar la cara del montañés, que le recordaba muchas otras. ¡Si hubiera tenido treinta años menos!

—¡Es usted, señor Andrés! ¡Tan pronto! Ha concluído más temprano.

—Me he matado á escribir para salir más temprano. Estoy malo, fastidiado.

—¡La locura se apodera de usted! Anoche estaba muy contento.

—Los días se suceden—dijo Josselin,—y no todos son iguales.

Se sentó y se pasó la mano por la frente.

—¡No van bien los asuntos!—dijo la señora Joseph, que sabía parte de la historia, gracias á las revelaciones del *groom*.

—No.

—Cuénteme todo. Una mujer vieja no deja de tener experiencia, señor Josselin. ¡A mi edad se han visto tantas cosas! ¡Mi marido y yo estábamos bien colocados para poder estudiar el mundo! Es admirable lo que se aprende en una casa como la de Rochebonne. La portería de una casa como aquella es una de las mejores localidades para poder ver la representación. Esto era una broma de mi difunto, pero era una verdad. Aquí todo está tranquilo, todo está muerto. Se veían cosas muy bonitas. ¡El tiempo pasa tan rápido como un sueño, señor Josselin!

Su pensamiento había dado un salto atrás, pero luego volvió al presente.



—Ayer estaba usted contento; era porque tenía buenas noticias de su novia.

—No es mi novia, señora Joseph.

—Entonces ¿qué?

—Una muchacha honrada, con quien quiero casarme.

—Y ella ¿qué dice?

—Me había dado esperanzas. Debía verla mañana, pasearme con ella, hablarla. Según parece, no puede ser.

—No hay que enfadarse por tan poco. Quizá la detenga algún pariente.

—Es libre. No depende de nadie más que de su trabajo.

—¿No tiene parientes?

—Ninguno.

—¿Y es joven?

—Muy joven, veinticuatro años. Es una hija natural.

—¿Bonita, seguramente?

—Demasiado.

—¿Se llama?

—Germana.

La portera reflexionó. Era la misma de quien la había hablado el *groom*.

—Es un nombre muy bonito—repuso.—Por lo visto ¿no puede salir con usted?

—No.

—¿Por qué?

—No me ha dado la razón. Pero la adivino. ¿Se acuerda usted de lo que ese condenado decía el otro día?

La señora Joseph tenía la conversación muy presente, porque no en balde era mujer.

—No.

—Que el señor Rochebonne hacía la corte á una señorita de la tienda.

—¡Ah, sí!, puede ser; pero ¿qué sabe el negro?

—Tenía razón. Su amo de usted ronda á esa pobre muchacha; y como es un personaje rico, elegante y se llama el duque de Rochebonne, le oye y dejará que la engañe y que la pierda.

Hablaba con voz irónica, pero que sonaba á lágrimas. Era la primera vez que abordaba esta cuestión con la portera; pero estaba solo, no sabía á quién confiarle su tormento. No tenía ningún amigo particular entre sus camaradas del almacén, que le envidiaban, sobre todo á causa de ese casamiento, del cual nadie había dudado. Era demasiado feliz casándose con Germana, la protegida de los patronos, del señor Perrolet primero, del señor Bouret luego, del gran dueño, que no pasaba por su lado sin dirigirla una palabra afectuosa y acariciarla la barbilla con la punta de los dedos.

La señora Joseph no sabía por dónde empezar los consuelos.

La ironía de su inquilino la parecía fuera de tono.

Si realmente el duque de Rochebonne hacía á esa Germana el honor de ocuparse de ella, no veía de color de rosa los asuntos del cajero. En la imaginación de la portera el duque estaba tan por encima de los cajeros, y hasta de los inspectores de corbata blanca, y de los jefes del Bazar de San Germán, que la rivalidad le parecía extravagante. Aunque Germana no fuera tan buena, no por eso la hubiera criticado severamente. ¡El duque! La portera alcanzó todavía los tiempos en que se creía en la corte que era un

honor para una muchacha el dejar entrar en su habitación un rayo del Rey Sol. Se convertían de pronto en duquesas, y, como consecuencia de esta moral, una doncella, honrada con los favores de un conde ó de un marqués, podía considerarse como de la nobleza. La señora Joseph conservaba intactas estas opiniones. No le parecía posible que una muchacha de un almacén resistiera á su amo, más que por el bien parecer.

Su turbación fué tan grande, que renunció á salir de ella.

—Se toma usted grandes penas por cosas bien pequeñas, mi pobre señor Josselin. ¿Qué sabe usted si esa muchacha?... ¿Cómo se llama?

—Germana.

—¡Si esa pequeña Germana es solamente conocida del señor duque! Y aunque hubiesen cambiado una mirada ó un cumplido, ¿es eso bastante motivo para ponerse la cabeza como un bombo? Vaya usted á dormir y espere. Si tanto le preocupa ese paseo, mañana, cuando usted despierte, vaya á sorprenderla de improviso. Tal vez la encuentre mejor dispuesta. Buenas noches, señor Josselin.

Era una pena tener que dejar aquellas historias. La buena señora no quería comprometerse hablando mal de su querido duque, el muy alto y muy poderoso señor de Rochebonne y otros lugares.

El cajero se fué satisfecho.

La señora Joseph le había dado, por casualidad, un excelente consejo.

Trancurrió la noche, que le pareció un siglo, sin haber podido dormir, y se levantó muy de mañana.

Después de todo, quizá Germana no se enfadaría al verle. Además, él no podía vivir lejos de su presencia. Pero como todavía no era tiempo de ir á alborotar á la casa, dejó transecurrir algunas horas, no sabiendo en qué emplearlas para que le resultasen más cortas.

Trató de leer, pero le sucedía lo que á las mujeres que esperan á sus novios: no veía ni las letras. Tan sólo veía la imagen de Germana.

Á las diez menos minutos cruzó el barrio, atravesando las Tullerías, y llegó á la calle de Rívoli, esquina á la calle de Castiglione.

En seguida de llegar, le llamaron la atención dos personas que desembocaban de la calle de San Roque, á unos quince ó veinte pasos de distancia.

Una de ellas era un señor muy elegante, vestido con un traje de paño azul obscuro y con un bastón en la mano.

La otra, una mujer joven, esbelta y graciosa, que llevaba un vestido gris claro y un sombrero de paja obscura, adornado con una pluma gris; enteramente igual al sombrero de Germana, que ella misma había comprado y adornado, y al cual sus dedos habían impreso una elegancia incontestable.

Al principio dudó; pero como la pareja se acercaba, distinguió más claramente sus facciones. ¡No había posibilidad de equivocarse! ¡Era ella! Ya tenía el hilo de la intriga y la razón de su negativa de la víspera.

El joven que la acompañaba era el duque.

Josselin experimentó un desvanecimiento. Se apoyó en una de las columnas de la galería que hay á lo largo de la calle de Rívoli, no distin-



Se apoyó en una de las columnas  
de la galería...

guiendo nada de lo que pasaba á su alrededor. Pero este desvanecimiento no duró más que medio minuto.

Cuando Josselin se rehizo, pudo darse cuenta clara de todo y comprender lo que había pasado. Un cupé arrastrado con gran rapidez por un hermoso caballo, bayo obscuro, pasaba muy cerca de él.

Las cortinillas iban medio corridas. No pudo reconocer los viajeros que lo ocupaban; pero Germana y el duque habían desaparecido.

Estaba bien claro: ¡su desgracia ya no tenía remedio!

Sin embargo, como existe siempre una duda en la imaginación del que está muy enamorado, después de seguir con la mirada al cupé, que desapareció en la vuelta de la plaza de la Concordia, Josselin se dirigió, con la muerte en el alma, hacia la casa de Germana, en la calle de la Sourdière, y dirigiéndose al portero:

—¿La señorita Beranger?—preguntó.

—¿La señorita Germana?—repitió el sastre.

—Sí.

—No está—dijo secamente la señora Pellerin, mirando desdeñosamente al cajero, un quidan demasiado atrevido para preguntar por la amiga del pródigo que se llamaba el duque de Rochebonne.

—¡Ah!—dijo Josselin, que sintió desgarrarse el corazón.

—Acaba de salir—dijo el sastre.

—¿Hace mucho tiempo?—preguntó maquinalmente Josselin, que no sabía lo que se decía.

—Cinco minutos. Y después de todo, ¿qué le importa?—dijo la señora Pellerin.

—Es verdad—balbuceó Josselin, que saludó y se fué por donde había venido, tambaleándose como un hombre borracho.

---

## XXI

### CUAL PLUMA QUE LLEVA EL VIENTO...

GERMANA, al pasar por delante de Josselin, le había visto á través de los cristales del cupé. No dijo nada al duque, que, lleno de alegría por llevarse á su amada, oprimía una de sus manos entre las suyas; pero la joven sintió una gran irritación contra la vigilancia que pesaba sobre ella.

Las objeciones del señor Perrolet contra el matrimonio le parecieron muy fundadas. ¿Qué sería de su independencia si la ponía á merced de aquel sombrío celoso, que no la dejaría ni un minuto y se ofendería por la más pequeña familiaridad que se permitiera con antiguos ó nuevos amigos?

Sus buenas disposiciones hacia Josselin se desvanecieron, y esta vez sin esperanza de que volviese á sentir las. ¡Casarse con él! ¡Ah! ¡No! ¡Eso sería una cadena demasiado pesada! Si se había visto privada de los goces de la familia, en cambio había disfrutado de una cierta libertad debida á su aislamiento, y no quería perderla, sobre todo en los momentos en que podía apreciar sus ventajas.

Se sentía ofendida; tanto más, cuanto que su conciencia la dirigía reproches muy vivos. Se había colocado en una pendiente muy peligrosa.

Verdaderamente se exponía al peligro con una intrepidez que la hacía temblar cuando pensaba en ello.

Es verdad que el duque era un hombre galante, que nunca la hablaba sino con formas de una extremada cortesía; pero las frases que la murmuraba al oído, en aquel momento rebasaban esos límites.

Y en efecto, él debía creer que aceptando este paseo, verdadera fiesta para unos enamorados, ella accedería á sus deseos; de otra manera, su conducta hubiera sido de una ligereza incalificable.

Rochebonne en su carta había hablado del caso en que ella no quisiera aceptar sus relaciones ó seguirlas sin atenuar sus consecuencias; pero ¿no era esto una de esas preocupaciones delicadas, por las cuales un hombre de mundo atenúa la falta de la mujer que se rinde, conduciéndola dulcemente y sin violencia adonde él quiere llevarla?

Germana tenía demasiado entendimiento para no saber apreciar estas transiciones.

Y que las comprendía divinamente lo decía su indecisión, porque buscaba el modo de conciliar su deseo de conservar el aprecio del señor Perrolet y de sus compañeras, evitarle una pena á Josselin y no renunciar al encanto de sus relaciones con su Fernando, hacia el cual se sentía atraída por una corriente más fuerte que su voluntad.

Llegó á decirse que, después de todo, el misterio envolvería su debilidad en una sombra impe-